

ENFERMEDAD Y PROPAGANDA

Covid: escondido en Irán, sobrevalorado en Suecia

INTERNACIONAL

06_08_2020



**Stefano
Magni**



Irán, al igual que China, miente sobre la propagación y la mortalidad de la epidemia del Covid. Lo revelan documentos del Gobierno iraní filtrados a la prensa esta semana. La BBC informó el lunes que los casos son aproximadamente el doble de lo declarado: 451.024 en lugar de 278.927. Pero lo que más impresiona es la discrepancia entre el número real de muertes y el declarado: 42.000 en lugar de 14.405. Irán es un caso

vergonzoso que representa lo mucho que los regímenes totalitarios son capaces de ocultar y manipular la realidad, pero también un fracaso de la información occidental sobre el Covid. De hecho, tendemos a no cuestionar ni siquiera la información que nos llega de países como China o Irán, mientras que en países libres como Brasil, Estados Unidos y, sobre todo, Suecia, la gravedad de la situación ha sido y sigue siendo ampliamente sobreestimada por los medios de comunicación.

Comencemos con el caso iraní: no era necesario un gran trabajo de periodismo de investigación para descubrir que las cuentas no cuadraban. La república Islámica, fiel aliada de China e importante etapa en la Ruta de la Seda, comenzó a registrar los primeros casos del nuevo coronavirus en enero. La primera muerte ocurrió el 22 de enero, el día antes de que la propia China admitiera la existencia de la nueva epidemia. Sin embargo, las autoridades islámicas iraníes no dieron la alarma hasta un mes después. La enfermedad se ha cobrado víctimas desde el principio. El Viceministro de Sanidad, Iraj Harirchi, justo cuando celebraba una conferencia de prensa negando la gravedad de la situación, se sintió mal y fue ingresado en el hospital ese mismo día, con resultado positivo para el Covid-19. Poco después del singular episodio, el Ayatolá Hashem Bathayi Golpayegani, de 78 años de edad, murió en el hospital sólo dos días después de dar positivo por Covid-19. La clase dirigente fue diezmada durante aquellos días: al menos doce políticos y altos funcionarios del régimen murieron y otros trece terminaron en el hospital. Si un país en el que la distancia entre la élite y la población es enorme ha sufrido una tasa de mortalidad tan alta entre sus dirigentes, quién sabe lo que habrá sucedido entre la población. Las imágenes de satélite, publicadas por el *New York Times* el pasado marzo, mostraban las fosas comunes cavadas cerca de la ciudad de Qom.

A pesar de todo, la OMS –y, por consiguiente, también la mayoría de los gobiernos de los países occidentales–, han aceptado los datos oficiales proporcionados por las autoridades de Teherán. Las consecuencias a nivel práctico no han faltado. Justo cuando Italia estaba cerrando sus puertas a sus ciudadanos el 10 de marzo, *Iran Air* (una compañía aérea sometida a las sanciones de los Estados Unidos porque está vinculada al Pasdaran iraní) anunció, tras dos días de suspensión, la reanudación de todos los vuelos a Europa, excepto los de Viena, Gotemburgo y Estocolmo. Y además *Iran Air* siguió utilizando el aeropuerto técnico de Rimini para llegar a otros aeropuertos europeos, como Ámsterdam y Frankfurt. La embajada italiana en Irán siguió garantizando visados a Italia de forma regular. La situación no ha cambiado con el tiempo: en junio se llegó a un acuerdo entre el régimen iraní y *AIRimum*, la empresa que gestiona el aeropuerto de Rimini-San Marino (aeropuerto Federico Fellini): tres

vuelos semanales de *Iran Air* para conectar Teherán con Rimini. En julio, la lista de países de mayor riesgo, cuyos ciudadanos y viajeros no pueden entrar en Italia, no incluía Irán. Hay otros países del Golfo, como Bahrein, Kuwait y Omán, pero no la república Islámica.

No hay una respuesta inequívoca sobre el porqué de esta confianza otorgada a Irán: el error de subestimar el peligro proviene ciertamente de la OMS, pero probablemente también la mirada favorable de algunos gobiernos occidentales –por ejemplo Italia– hacia la república Islámica. No debemos olvidar que fue precisamente Federica Mogherini (del Partido Democrático italiano), ex Alta Representante de la UE, una de las principales promotoras del acuerdo nuclear iraní. Durante los primeros días de la llegada de la epidemia a Italia, el 20 de febrero, el político del partido italiano *Cinque Stelle* Alessandro Di Battista también volvió al país después de un largo viaje a Irán. Di Battista ha elaborado un informe en tres partes, *Sentieri Persiani*, que parece una especie de arenga en defensa de la república Islámica, pero en el que no hay rastro de la crisis del coronavirus ya en curso cuando el político estaba presente en aquel territorio.

La subestimación del peligro del Covid en Irán es sorprendente en comparación con el tratamiento dado a otros países, tanto por la prensa como por algunos gobiernos occidentales. El país que actualmente se presenta como el peor caso es Brasil. Lo es en términos absolutos (segundo en número de víctimas en el mundo), pero aún hoy, en relación con su población, Brasil se encuentra en una situación mucho mejor que Italia, con 443 muertes por millón de habitantes en comparación con los 582 del país vecino. Los Estados Unidos registran 479, mucho menos que en Italia. Sin embargo, todos hemos leído la noticia del avión americano (privado) detenido en Cerdeña y devuelto, pero no hemos visto tanta dureza hacia los aviones iraníes. La política cuenta mucho también en estos dos casos: en Brasil por el demonizado presidente Bolsonaro, y en EE.UU. obviamente el presidente Trump.

Singular también el caso de Suecia, tratado por los medios de comunicación italianos como el ejemplo a no seguir, afortunadamente sin crear consecuencias políticas (la libre circulación se mantiene, al ser un estado miembro de la UE). Se dijo que se convertiría en la “oveja negra” de Europa en cuanto a número de víctimas en relación con la población e incapacidad para aplanar la curva de contagio. Pero por el contrario, en Suecia la curva de contagio ha sido muy similar a la de Italia y el resto de los países afectados por el coronavirus. El promedio semanal de nuevos casos cayó a 200 a finales del mes pasado, en comparación con unos 1.140 a mediados de junio. Y

desde hace dos semanas el número diario de muertes relacionadas con el coronavirus es de dos dígitos, habiendo alcanzado un máximo de 115 a mediados de abril. Por el momento, por lo tanto, la epidemia parece estar bajo control. En relación con la población, Suecia tiene menos muertes que Italia (568 por millón de habitantes, en comparación con nuestros 582) y es octavo en el mundo, después de otras naciones europeas como Bélgica, el Reino Unido y España, además de nuestro país. ¿Por qué, entonces, tanta atención morbosa hacia una nación nórdica que no ha hecho nada peor que nosotros? Pues debido a que Suecia no ha adoptado ninguna medida de bloqueo, sólo unas pocas reglas de espaciamiento, pero casi a nivel de sugerencia personal. Suecia es nuestro “contrafáctico” que nos demuestra que, si no hubiéramos impuesto el bloqueo, no habríamos sufrido muchas más víctimas de todos modos. Una realidad difícil de admitir de la que parte la demonización de Suecia.

Esta epidemia será recordada como la más mediática de la historia: hemos presenciado todo el Covid minuto a minuto, en todos los países del mundo. Pero también la más ideológica. Lamentablemente, estos son casos que demuestran una vez más cómo la ideología progresista con su visión del mundo es la que dicta la información sobre la propagación de la pandemia: la confianza en los regímenes totalitarios antagonistas de Occidente, la desconfianza *a priori* y luego la demonización de los opositores políticos conservadores, el deseo de ocultar ejemplos exitosos de estrategias alternativas al encierro. Que por cierto es lo más dirigista en absoluto, lo único comparable a un gigantesco experimento social.